

CAZAR ESTORNINOS



UANDO se ha marchado el entrevistador yo he sentido la impresión de quedar liberado. He echado de menos a lo largo de casi dos horas el tono reposado de los interrogatorios de antaño. Yo era un muchacho cuando, probablemente sin merecerlo, fui sometido a las primeras preguntas del interrogatorio. Estos eran los periodistas de mi tiempo, gentes de mi misma edad y de mi contorno. Se acercaban a mí con disposición de colegas y amigos. Eran gente joven, y yo era joven también. Cuando empezaba el coloquio, ellos conocían bastante mi breve «currículum», y yo me sentía confortado por la seguridad que me daban de conocerme, de haber ya leído lo poco que yo entonces había escrito. El diálogo era una conferencia, una confrontación.

Pero, a menudo, entrevistadores de hoy se acercan a uno sin la menor noticia del sujeto a quien se disponen a sonsacar. En cierta ocasión, en una capital de provincia, mi sorpresa fue máxima. Se me acercó un periodista, con ocasión de un premio literario en el que yo formaba parte del jurado calificador. Su primer acometida fue inquirir mi nombre. Se lo dije. Inmediatamente me preguntó a qué me dedicaba. Le contesté que a escribir. Me preguntó qué escribía. Pareció interesarse levemente cuando conoció mi respuesta. Insistió en conocer algunos de los títulos de mis obras. Pensé que probablemente habría oído hablar de algunas de ellas, o que el título le produciría alguna luz, aunque no las hubiese leído. Ni idea, no tenía la más remota referencia, ni de oídas, de lo que yo hubiese hecho; aquel entrevistador estaba en blanco sobre mi modesta persona. Estaba probablemente habituado a la extracción de filiaciones confusas de seres que se asoman a una celebridad circunstancial, en una emisión de radio, y me entrevistaba a mí, que no se lo había pedido, como si yo aspirara a ganar una lavadora en un concurso. Aunque rozara el amor propio que uno posee, ya por cierto bastante romo, le fui explicando sobre todo lo poco que él añadió al temario.

Yo he hecho a mi vez a lo largo de mi vida, muchas entrevistas; todas ellas partían de la base de que el ser a quien yo entrevistaba era más importante que yo; y que, por tanto, era función mía acercarme a él con un bagaje previo de afectos y conocimientos. Ahora, no. El periodismo palpitante consiste en que un gran tipo se desnude con rapidez y sea introducido a pelo, en una cámara de gas pestilente. Y son temidos por importantes los reportajes que consiguen que esta operación de fulgurante "strip-tease" mental se realice sin recato y hasta dando traspies. La mentalidad del hombre, los halagos del hombre, su trayectoria vital, su justificación profesional o humana son despachadas en un par o tres de líneas perentorias que, cuando menos, contribuyan a precisar las motivaciones íntimas o las secretas de aquel ser, son mayormente temidas por noveles de audacia o penetración reporteril. El poder de la prensa se ejerce proporcionalmente a la grosería del inquisidor.

Pero, en fin; ahora acabo de salir de una experiencia que corresponde a una nueva modalidad de inquisición. La entrevisté era esta vez para los archivos de una Universidad de América del Norte. El entrevistador no era un repórter apresurado, lápiz y bloc en ristre; el que se disponía a entrevistarme era un profesor en Letras. No tenía prisa. Yo me había negado ya en dos ocasiones a someterme a su interrogatorio. No poseo especiales deseos de quedar en conserva, para nuestra memoria presente o para el incierto porvenir. Algunos colegas míos estaban encantados con el experimento y la oferta. Estar en el anaquel de una biblioteca de Universidad de América del Norte, es cruzar unas ciertas fronteras del espíritu. La cuestión les halagaba; a mí, en principio, no. La entrevisté iba a ser exhaustiva. Al fin, unas circunstancias ajenas a mi escrupulo pusieron al entrevistador y a sus aparatos muy cerca del objetivo que yo era. Uno de mis colegas pidió asilo diplomático en mi casa para evacuar su propia entrevista, por carecer en la suya de la tranquilidad acústica adecuada. Y una vez dispuesto el magnetofón y las máquinas fotográficas en mi propio cubil, no pude resistir a la entrevista.

Pero la entrevista no era propiamente fácil. Se trataba de responder a una encuesta larga, de más de cien preguntas, sobre todo los sucesos divinos y humanos que a uno, como escritor, pudieran afectarle: desde la proyección y técnica literaria hasta su concepto de la sociedad, pasando por las especulaciones religiosas que alimentaba. Un verdadero y exhaustivo test, elaborado seguramente por especialistas, con cuyo resultado seguramente se tendría en la América del Norte, y hasta en el resto del mundo, una radiografía completa de nuestro ánimo, por lo común sigiloso y deliberante. La distribución de las cuestiones, su alternancia y posición, estaban calculadas para que, en el conjunto, se descubrieran hasta los matices más hondos de la personalidad.

Una vez evacuada laboriosamente la consulta, yo me he quedado preguntando el porqué de ella y de mis contestaciones. En primer lugar, ¿puede ser útil a alguien poseer un rastro indeleble de la filosofía de un autor, no precisamente filosófico? La función de un escritor se aplica a lo que escribe, y si lo que escribe se encuadra en el género narrativo, lo que tiene que hacer el caballero es sencillamente narrar. Su primera reacción fue ésta: en el supuesto que yo les interese, que me expliquen los demás; no tengo por qué explicarme a mí mismo. Pudiera aventurarme en los términos de una confidencia coloquial, a lo largo de un amistoso diálogo. Pero aquello no era un diálogo, sino un test, un test prefabricado para cazar autores, como una trampa en el bosque para apresar estorninos mientras cantan. Después, estos estorninos serían clasificados según su plumaje y su canción y reducidos hiperbólicamente a condiciones de esclavitud, cuando se les antojara cambiar de tono o la modulación de su canto. Tuve la impresión de que acababa de perder una porción de libertad sustancial y de capacidad que aún poseo, de entonar los gorgoritos que se me suban alegremente a la boca. ¿No pudiera ser mi hospitalaria atención al profesor, que me visitaba en "haiga", con dos "Leikas" transistores, flashes y magnetofones, el preludio de mi canto de cisne? Si le preguntaban a uno qué piensa del "compromiso" del escritor y contesta que naranjas de la China, ¿acaso no se compromete ya de algún modo y sin querer? Recordamos la contestación que le dio siendo niño el hijo de un agricultor de mi tierra —el cual me la contaba en su madurez— al general Weyler, que le preguntaba por los sentimientos políticos de su padre, en una de las incursiones del general en la postrera guerra carlista: "No lo sé; mi padre ara con el buey por el campo catalán". ¿Compromiso? ¡Ara con el buey, nada más! Este es el compromiso.

campo contrario

Todo ello me hace ahora pensar que, cuando el mundo está más necesitado que nunca de diálogo, los coloquios se endurecen y el sistema de preguntas y respuestas se convierte en la negativa de toda actitud dialectal. La posibilidad del diálogo no depende de que dos señores se sienten uno frente al otro a alterar sus propósitos y sus voces, sino de la capacidad de entendimiento previo que pongan en el juego. El diálogo de un inquisidor con su víctima propiciatoria no nos conviene ni nos divierte. El diálogo que necesitamos presupone una plataforma previa de elementos de entendimiento común. Sin esta disposición preliminar, la alteración de voces no es más que la superposición de monólogos coincidentes.

Los medios de expresión actuales, la radio, la televisión, la propia prensa, con su lenguaje veloz y apresurado, eliminan de nuestra dialéctica los elementos reflexivos que eran la preza de la individualidad, la crema y la categoría del humanismo. El diálogo ha perdido templanza y calidad. A un premio Nobel, a un novelista, a un filósofo no se le puede preguntar si se afesta con máquina eléctrica o si le gustan los callos a la madrileña. Estamos vulgarizando el ánimo y reduciéndolo a las contingencias más triviales y usuales de la vida común. A un filósofo hay que acercarse con tiento y con respeto, cruzando de puntillas la zona que le nimba de luz metafísica. Para empezar a dialogar hay que abandonar de entrada nuestro innato caterismo y disponerse a jugar en el terreno del vecino. Debieramos todos aprender a jugar en el campo contrario. Ahí empieza el diálogo: en la capacidad de comprobar que nuestras propias razones pueden quedar sujetas a discusión y que de nuestro pragmatismo solitario, en principio, no puede salir nada bueno, si no se contrasta con las razones del contrario.